

Penetración social del concepto "biblioteca"

JOSE A. PEREZ-RIOJA

Supone un tema de reflexión el hecho evidente de lo poco arraigado que está hoy todavía en la vida social de nuestro país el concepto "biblioteca".

Como español y como bibliotecario he pensado a menudo en ello. Tal preocupación, enfocada no sólo desde el punto de vista profesional, sino desde ese otro más amplio de la cultura pública, ha originado el presente artículo.

En estas páginas, pues, desearía contagiar de tal preocupación mía, aún más que a los sectores profesionales, a todos aquellos que se interesan por los diversos problemas de la educación y, muy especialmente, al español medio, que también debe sentir y conocer los problemas más vitales de nuestra cultura.

BIBLIOTECA ES UN CONCEPTO EN CONTINUA EVOLUCIÓN.

Unida al templo en la antigüedad, dentro de los monasterios durante la Edad Media, como un museo desde la época renacentista, la biblioteca ha venido a ser desde el siglo pasado un depósito de libros accesible a unos cuantos estudiosos. A partir del siglo XIX, la biblioteca cambia radicalmente al abrir sus puertas a todos. De institución de privilegio se transforma en una pieza importantísima del mecanismo social al servicio de la colectividad. Se convierte en el eje de las más diversas actividades culturales y se gana el nombre de "universidad del pueblo". Su primigenio sentido centrípeto se hace cada vez más expansivo. Y así, en una etapa muy posterior—etapa cuyo pleno desarrollo está fructificando ahora—, la biblioteca pública abandona su pasividad y hermetismo antiguos, para transformarse en un centro activo y dinámico. La estirpe griega de la palabra biblioteca (de βιβλίον, libro, y θηκη, armario, cajita, depósito) se ha enriquecido hoy de un nuevo y ágil contenido semántico. Ya no es sólo el edificio o receptáculo para albergar una colección de libros, ni tampoco es únicamente esa colección. Supone, además, un conjunto de lectores. Significa, asimismo, un centro vivo de investigación y de información, a la vez que de enseñanza y de cultura.

De la biblioteca-museo, limitada a minorías de es-

tudiosos, hasta la biblioteca pública abierta a todos, que deja leer dentro de sus muros e incluso fuera, gracias al préstamo domiciliario de libros, existe una distancia extraordinaria. Pero, cuando ya es normal que la biblioteca se abra a la colectividad y deje leer dentro y fuera de ella, supone una conquista social todavía más profunda y más generosamente cristiana ese ambicioso afán que nos lleva a los bibliotecarios de hoy a convertir en lectores a quienes no lo eran; a orientarles, buscando a cada uno el libro adecuado; a elevar también su nivel y a despertar su sensibilidad mediante una actividad de extensión cultural, que extravasa la labor puramente bibliotecaria, como cimiento necesario para establecer el más armónico y perfecto contacto entre el libro y el lector.

En relación con las necesidades culturales de la colectividad, se abren al bibliotecario actual las más diversas posibilidades de una acción eficaz y positiva, porque, como afirma Freeman, la biblioteca debe ser el centro de las actividades cívicas, culturales y educacionales de la comunidad.

Y es que, como ya advirtió Ortega (1), el bibliotecario, hasta hace poco, se había ocupado del libro-cosa, del libro-objeto material, para atender desde hoy al libro-función viviente, ejerciendo sobre él una labor de policía.

Hasta el siglo XIX—a veces, hasta este mismo siglo—el bibliotecario se había conformado con atender al público que deseaba ir a la biblioteca. El concepto actual de ésta impone al bibliotecario de hoy no solamente el mostrarse como un amable orientador del público que llega, sino como un misionero de la cultura, como un higienista de la lectura y un médico del espíritu—no en vano se decía en una biblioteca egipcia de hace tres mil años que los "libros son los remedios del alma"—para atraer nuevos lectores y guiarles luego por la "selva selvaggia" de los libros.

"Toca al bibliotecario—ha dicho en un reciente discurso Mr. Evans, director de la Biblioteca del Congreso de Washington—ser el primero en reconocer la trascendencia política y social de su misión; apreciar los poderosos recursos que la nación pone en sus manos, no para catalogar libros exclusivamente, que es el medio, sino para intensificar sus servicios, la difusión del libro y la práctica del estudio y la lectura, haciéndolos llegar a todos los confines, persuadido de que el bienestar, la felicidad, el alza del nivel de vida, el perfeccionamiento moral del pueblo está en gran medida en sus manos..."

La evolución del concepto "biblioteca" es mucho más honda de lo que parece a simple vista. Este

DON JOSÉ A. PÉREZ-RIOJA, colaborador de nuestra REVISTA en el núm. 2 con un trabajo sobre el "Aspecto social de la lectura", es director de la Biblioteca Pública y del Centro Coordinador de Bibliotecas de Soria. Autor de una Gramática castellana y de una Historia del humor, en las Publicaciones de Educación Nacional ha editado "1.000 obras para los jóvenes" (1952), "Centros coordinadores de Bibliotecas" y "Bibliotecas viajeras" (1953).

(1) J. Ortega y Gasset: *Ibidem*.

concepto tiene hoy una extensión y una profundidad extraordinariamente mayores. El mero depósito de libros se ha hecho centro de investigación, de educación, de cultura. Pero centro expansivo y dinámico, de un altruismo y de una tan amplia y generosa actividad, a la que no llega—por su especialización o limitación—ningún centro docente. Y esa generosa misión bibliotecaria no es sólo la gratuidad de sus servicios, sino su afán espiritualizador hacia la masa, atrayéndola al buen libro, orientándola en los más varios aspectos: cívico, moral, cultural, estético, etc.

Como advierte Collijn (2), "la función de la biblioteca moderna consiste en dar y en crear, no solamente en recibir". Así puede señalar Alvin Johnson (3) que "la biblioteca pública es la institución plenamente capacitada para que, merced a las facilidades que brinda para la auto-educación, el individuo pueda acompañar satisfactoriamente los extraordinarios progresos que, con inesperada rapidez, va ofreciendo este mundo cambiante. En potencia es la mejor fuente de enseñanza y de auto-educación de los pueblos, verdadera universidad de todo el mundo".

Podemos deducir de lo expuesto que la biblioteca es una institución cuyo fundamento se basa en una constante y renovada evolución. No es ahora como ha sido ayer, ni será mañana como hoy. Por ello, la palabra "biblioteca" no debe entenderse actualmente en su estricta significación etimológica. A lo largo del tiempo, y, sobre todo, en nuestros días, se ha enriquecido de un ágil y extenso contenido social.

DESEQUILIBRIO ENTRE LA RÁPIDA EVOLUCIÓN ACTUAL DEL CONCEPTO "BIBLIOTECA" Y SU LENTA PENETRACIÓN SOCIAL.

Se ha pensado muy poco todavía—incluso por los sectores profesionales—en el desequilibrio existente entre la rápida evolución actual del concepto "biblioteca" y su lenta penetración social. La biblioteca ha evolucionado, especialmente en los últimos años, con una rapidez insospechada; en cambio, la penetración social de este concepto ha ido a un ritmo mucho más lento. Vamos, pues, a exponer brevemente algunas de las posibles causas que han motivado tal desequilibrio.

Quizá la causa primera sea la de que el pueblo no ha comprendido aún, o al menos de manera suficiente, la necesidad y utilidad de la biblioteca. "Por el momento, la verdad es, desgraciadamente, que hay muy pocos países en el mundo en que se comprendan plenamente las posibilidades que ofrece una biblioteca pública" (4). Nelson (5) advierte, por su parte, que "la biblioteca pública es uno de esos poderosos sillares, a menudo invisibles para el observador superficial. Su influencia en el desarrollo moral y aun material del pueblo no podría ser exactamente apreciada". Pero, ¿de qué procede esta ignorancia, esta incompreensión popular? Muy a menudo, de que buena parte del público desconoce que el servicio de lectura y domiciliario de libros son gratuitos. Por otro lado, no estando aún el público lo

bastante educado en el amor a la lectura, carece, con frecuencia, del hábito de acudir a la biblioteca para satisfacer curiosidades, resolver problemas, aclarar dudas o deleitarse simplemente.

Otra causa esencial del desequilibrio entre lo que hoy es la biblioteca y el concepto que se tiene de su necesidad y utilidad, es su carácter de institución cultural, carente de medios coercitivos a su servicio para obligar al público a que la frecuente. Subrayemos, como contraste, que en el siglo pasado las autoridades establecieron con carácter obligatorio la enseñanza primaria, dictándose leyes para que todos aprendieran a leer y a escribir. Políticos, oradores, pedagogos, escritores han batallado desde entonces por levantar escuelas y acabar con el analfabetismo. Pero no se ha meditado lo bastante—y es curioso este olvido a lo largo de un siglo—en la ineficacia de enseñar a leer si luego no se proporcionan a las gentes—muy especialmente a la población rural—libros y lecturas adecuadas. Porque es costumbre, cuando se habla del analfabetismo, referirse al índice de los que no aprendieron a leer. Y la realidad es que, junto a este analfabetismo *integral*, existe otro analfabetismo *parcial*, pero tan hondo y tan grave o más que aquél: el de quienes no leen—aunque aprendieran a deletrear—por carecer de libros, por no haberse fomentado en ellos el amor y el hábito de la lectura. Así, mientras la mayoría de los países han concentrado el máximo interés en la creación de escuelas, se ha relegado a lugar muy secundario la obligación de facilitar la lectura mediante la creación de bibliotecas y servicios circulantes de libros.

Otra causa que puede señalarse es la falta de interés social hacia la biblioteca, todavía más acusada en países latinos e individualistas como el nuestro. Se debe reconocer que nuestra economía es pobre y que el servicio de bibliotecas es caro. Pero, aun siéndolo, España lo hubiera acometido hace bastantes años con mucha mayor amplitud, si hubiera existido un movimiento general de opinión de abajo arriba. He aquí uno de los motivos más fundamentales, por lo que el problema bibliotecario español—hasta hace muy poco tiempo—ha sido acometido con cierta timidez y con notorias limitaciones. Las masas populares, incluso el español medio, no han sentido esta necesidad y utilidad de la biblioteca. Han creído que era un lujo inasequible para ellos. Y esta necesidad, peor conocida que otras por los diferentes equipos gubernamentales que se han ido sucediendo desde hace un siglo, no ha tenido eco en la masa, y ésta no ha ejercido presión alguna sobre los gobernantes. El problema, latente, no se ha planteado en realidad, en su verdadera dimensión nacional, hasta estos años últimos. Por ello, la obra a realizar todavía es grande, y en lo económico, costosa. Esta carencia de interés público—tan frecuente en el español, individualista por temperamento—nos viene de antiguo. Incluso durante la pasada centuria, tan propicia en otros países a infiltrar cierto sentido social en todo género de instituciones, apenas se ha dejado sentir entre nosotros. Como observa un ilustre historiador, Altamira (6), "adviértase también en la historia política de nuestro siglo XIX la falta del sentimiento y del concepto del interés público..." En el aspecto bibliotecario, hasta un hombre de la talla intelectual de Jovellanos enfoca con cierta miopía, propia del ambiente de su época, el

(2) "Actas del II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Madrid-Barcelona, 1935." Madrid, 1949.

(3) "The Public Library a people's University." New York, 1938.

(4) Thomsen-Sydney-Tompkins: "La biblioteca pública y la educación de los adultos." París, 1950.

(5) E. Nelson: "Las bibliotecas en los Estados Unidos." New York, 1927.

(6) R. Altamira: "Temas de Historia de España." Madrid (s. a.), I, págs. 34-35.

concepto "biblioteca", concebida por él como un instrumento auxiliar para los literatos. Tales eran las palabras de Jovellanos (7): "Entre los demás auxilios que pueden prestarse al adelantamiento de esta instrucción, es de contar el establecimiento y multiplicación de bibliotecas públicas, que son de tan grande auxilio para que los literatos (que de ordinario abundan poco en conveniencias) hallen en ellas las obras y recursos que de suyo no pueden poseer..."

No es extraño, pues, que oigamos hablar de la necesidad de un puente, o de una carretera e incluso de una escuela, sin que apenas se oiga a nadie comentar la necesidad de una biblioteca. Los libros que, a pesar de la materialidad de su papel impreso y de su encuadernación, siguen siendo quizá lo más espiritual creado por los hombres, no contienen hierro ni cemento y no suponen en la brevedad de su tamaño un volumen como para llamar la atención de las gentes. Los ladrillos o las vigas de hormigón impresionan a la masa ingenua. El libro es pequeño, sencillo, silencioso. El libro, además, se ha resignado a menudo con permanecer en locales inadecuados para una biblioteca. A veces, todavía sigue allí. Y la gente, quizá por eso mismo, no siente en ocasiones ese respeto, esa admiración por los libros que, acaso dentro de una gran biblioteca—por el aspecto exterior de su arquitectura—lograran ejercer sobre la impresionabilidad de la mayoría.

El hecho de que la mayor parte de las bibliotecas españolas de provincias no universitarias se instalaron, a raíz de la desamortización, dentro de los institutos de segunda enseñanza creados por entonces, ha significado—lamentablemente, desde el punto de vista bibliotecario—estas dos erróneas suposiciones: 1.ª Que las antiguas bibliotecas públicas provinciales—máxime si hoy, como sucede en algunas capitales, no han logrado independizar su instalación en todo o en parte—pertenecen al instituto como bibliotecas propias de este centro; y 2.ª, que la gente, por el hecho mismo de seguir o de haber estado instalada la biblioteca pública en el mismo edificio del instituto, no la ha considerado con vida independiente, sin atreverse muchas veces a utilizarla y sin sentir, en la medida adecuada, su acción expansiva y abierta a todos y, por lo tanto, su necesidad y utilidad social.

Por otra parte, es curioso observar cómo nuestra riqueza bibliográfica que, por las leyes desamortizadoras pasa de monasterios y conventos a las nuevas bibliotecas estatales, supone un lastre histórico que retrasa en España el avance social, el sentido y el ritmo renovador que han experimentado en otros países las bibliotecas fundadas tan sólo a base de fondos modernos. Dijérase que tal herencia bibliográfica, envidiada y codiciable, sin duda, por otros países, ha supuesto en el nuestro—como contrapartida—un aferramiento quizá más acusado a los viejos moldes bibliotecarios durante todo el siglo XIX y hasta en parte del XX...

Este origen monástico de casi todas las bibliotecas provinciales españolas ha contribuido no poco a reducir todavía más nuestro ya escaso sentido del interés público, al que se debe en otros países—Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo—el extraordinario contenido social infiltrado, desde hace más de un siglo, a su política bibliotecaria. Consecuencia y

modelo de este sentido del interés público es la orientación del régimen municipal de muchos países. En el nuestro, se hace necesario enseñar a los alcaldes, concejales y secretarios de ayuntamientos rurales, las necesidades de tipo cultural y social de la colectividad, en cuyo respeto deben orientarse todos los actos del individuo y hacia las cuales hay que subordinar apetencias y pequeños intereses o personalísimos locales. Mostrar a las autoridades rurales la utilidad y necesidad de la lectura pública es, sin duda, uno de los objetivos más urgentes de la actual política bibliotecaria española.

Esta ignorancia por parte de la masa y, consiguientemente, por parte de las autoridades rurales, y esta falta de interés público hacia las bibliotecas—extendida incluso a otros sectores más elevados de la administración—ha hecho que el apoyo estatal y el de las diputaciones y municipios para la creación y sostenimiento de bibliotecas fuera muy escaso. Es cierto que incluso en los Estados Unidos—avanzada mundial en este sector de la cultura popular—se dejan sentir ciertas dificultades económicas, las cuales, sin embargo, suelen salvarse por un acusado sentido social del interés público. La fe de los ciudadanos norteamericanos en los múltiples beneficios del libro, como instrumento de educación, hace que numerosos particulares leguen en sus testamentos a diversas bibliotecas colecciones de libros, donativos en metálico, edificios, etc. En nuestro país, las bibliotecas no han obtenido, muchas veces, el apoyo necesario por parte de organismos de la administración local y ni siquiera de particulares, so pretexto de que son propiedad del Estado. En un riguroso sentido legalista esto puede ser cierto, pero no se olvide que ya el citado Decreto de 1869 reconocía que el de bibliotecas es un servicio típicamente local o, más ampliamente, provincial, como se reconoce en casi todas las legislaciones extranjeras.

La reciente creación en España de los Centros Provinciales Coordinadores así lo demuestra, a la vez que sirve de base inicial para ir llevando al convencimiento de las provincias y los municipios la necesidad de su apoyo moral y económico en cuanto a la creación y sostenimiento de bibliotecas.

NECESIDAD DE EDUCACIÓN ENTRE LO QUE HOY ES LA BIBLIOTECA Y SU CONCEPTO SOCIAL.

La biblioteca pública de nuestros días ha evolucionado en la realidad mucho más que en el concepto que de ella siguen teniendo las gentes. El tiempo acabará de confirmar en la mente de todos lo que, realmente, es hoy la biblioteca. Pero como ésta sigue evolucionando a un ritmo más rápido, siempre cabe el peligro de que, ni ahora ni dentro de algunos años, se la conozca bien y, por lo tanto, de que no se la valore lo suficiente.

Ha sido y es virtud exagerada de los bibliotecarios españoles trabajar en silencio, sin alharacas ni exhibicionismos, sino con toda la abnegación y la modestia de una profesión poco lucrativa en lo económico, aunque pródiga en otras satisfacciones vocacionales y en muy diversas posibilidades eruditas e investigadoras. Y he aquí cómo los propios bibliotecarios españoles, al no revestir de importancia a nuestra misión y al seguir muchas veces el camino de las humanidades y la erudición antes que el de la expansión social de las bibliotecas, hemos privado

(7) "Bases para la formación de un Plan general de Instrucción Pública." Sevilla, 1809.

a éstas de buena parte de ese interés público, tan poco frecuente, desde luego, en los pueblos latinos.

Los bibliotecarios de hoy no es que seamos distintos a nuestros antecesores de otros tiempos. Continuamos la tradición y formación humanísticas—base imprescindible para nuestra profesión—y nos sigue atrayendo la erudición y la investigación, pero sentimos más viva y acusadamente esta labor de cultura y penetración social de nuestras bibliotecas y medimos el camino que aún nos queda por recorrer en este aspecto. Y puesto que el camino es largo, procuramos prepararnos para recorrerlo con alguna efectividad. Hemos de ser nosotros los primeros en establecer ese equilibrio, esa ecuación entre la biblioteca, tal como es en la realidad, y el concepto que de ella se tenga. No olvidaremos el viejo refrán "el buen paño en el arca se vende", pero al más perfecto funcionamiento de nuestras bibliotecas, a su evidente utilidad, a su rendimiento, a la extensión cultural de sus servicios y a la acertada selección de sus fondos—he ahí el buen paño—, habremos de sumar, en cuanto dependa de nosotros, una mayor difusión de lo que es la biblioteca y de lo que significa en la educación y en la vida de los pueblos.

"Gracias a este papel activo y positivo de las bibliotecas modernas—dice Collijn (8)—han adquirido éstas el derecho a no ser consideradas y tratadas como instituciones negativas y pasivas a la manera de las bibliotecas de otros tiempos." Y, bibliotecario de nuestra época, advierte el mismo Collijn (9): "Consecuencia lógica y natural de este nuevo género de relación entre la biblioteca y la sociedad es el que nosotros exijamos que no se nos siga tratando como a representantes de un lujo erudito, de una institución poco menos que superflua, sin contacto con la realidad de la vida."

Es hora ya de propagar por todos los medios a nuestro alcance que, por su carácter de institución pública y gratuita de cultura, abierta a todos, corresponde a la biblioteca una reputación social superior a la que hoy se le concede; es hora, también, de difundir la idea de que el sostenimiento de una extensa red bibliotecaria nacional que mantenga y fomente, con carácter de servicio público, los medios de lectura y estudio y documentación gratuitos para todos los ciudadanos, es algo tan importante, tan necesario y útil a la sociedad como pueden serlo las vías férreas, las carreteras, los puentes o el alcantarillado. Es preciso convencer a todos de que la biblioteca pública es una necesidad social, y que cualquier gasto invertido en su mantenimiento representa un efectivo económico, ya que el dinero empleado en esta institución que enriquece y dignifica la vida del pueblo, vuelve a éste centuplicado en bienestar, en cultura y en progreso. Comprendiéndolo así, en los Estados Unidos, "centenares, millares de ciudades han impuesto gravámenes con este fin, y lo hacen con el mismo sentimiento deliberado e inteligente con que gravan la fortuna pública para obtener los beneficios del alumbrado o de la higiene" (10). "Precisamente—como señala Nelson (11)—la tarea de la biblioteca pública es convencer al pueblo de que la institución es suya; de que esa entidad está necesariamente llamada a ocupar un lugar importante en las transacciones de

los hombres como centro organizador de informaciones, cooperador de las agencias de cultura y factor activo de la tendencia humana a mejorar lo existente, que en este caso se traduce en el esfuerzo por divulgar los mejores libros y levantar el nivel del gusto en la comunidad."

No hay sector de la población de cualquier ciudad, villa o aldea—ya se considere su edad, sexo, profesión, nivel social o económico, etc.—al que la biblioteca no pueda y deba alcanzar. El niño, el joven, el adulto, el comerciante y el productor, el estudiante y el obrero, el hombre de posición y el hombre modesto encuentran siempre en la biblioteca pública medios suficientes de información, de enseñanza, de investigación, de orientación y de recreo. En este sentido, las posibilidades de la biblioteca como institución son superiores a las de cualquier otra institución cultural. Por ello, dice Danton (12) que "la biblioteca moderna está en situación excepcional para hacer una contribución vital a esta gran causa, por hallarse capacitada como ninguna otra institución para ofrecer a los ciudadanos información completa e imparcial. El papel de la biblioteca adquiere así una significación de primer orden en el momento que vive el mundo".

La eficiencia de la labor desarrollada por cada biblioteca es, sin duda, su mejor propaganda; luego, como complemento difusor de su labor, el empleo acertado de diversos elementos (prensa, radio, cine, publicaciones de "memorias", "guías de lector", catálogos de fondos, exposiciones bibliográficas, "semanas o días de la biblioteca", "fiestas del libro", concursos), así como el fomento de actividades de extensión cultural (horas infantiles, lecturas comentadas, conferencias, conciertos, exposiciones diversas, teatro y cine educativos, etc.). Porque la biblioteca pública de nuestros días no debe conformarse tan sólo con poseer una selecta y extensa colección de libros, ni con una perfecta organización, sino, también, con ofrecerle al lector un rincón tan grato o más que su propio hogar, y brindarle, en ocasiones, otras actividades culturales de diverso carácter.

El bar, la taberna, el teatro, el cine, la radio, el baile, el excursionismo y los deportes, así como toda clase de espectáculos, son más que nunca los competidores—a veces, incluso, los enemigos—de la biblioteca. De aquí también, la necesidad de que ésta se ofrezca cada vez más útil y, al mismo tiempo, más atractiva. Tal es la misión de los bibliotecarios actuales. "Las carreras o profesiones son tipos de quehacer humano que, por lo visto, la sociedad necesita. Y uno de éstos es, desde hace un par de siglos, el bibliotecario", ha dicho Ortega (13). Que nuestra misión—procuremos nosotros—se haga cada vez más rica de contenido social. Y que sigamos, al mismo tiempo, conservando la hermosa herencia espiritual que nos legaron los libros del pasado, a la par que dosifiquemos—como higienistas de las mentes de hoy—los tesoros de ideas e investigaciones que siguen allegando los libros actuales.

La necesidad y la utilidad presente y futura de la biblioteca depende de nosotros, los bibliotecarios; su prosperidad, del concepto que la gente tenga de ella. Procuremos, pues, una ecuación rápida y perfecta entre la cosa y el concepto: entre la realidad de la biblioteca pública actual y la idea que debe tenerse de ella.

(8) "Actas del II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Madrid-Barcelona, 1935." Madrid, 1949.

(9) *Ibidem*.

(10) E. Nelson: Op. cit.

(11) *Ibidem*.

(12) J. Periam Danton: "La formación profesional del bibliotecario." París, 1950.

(13) J. Ortega y Gasset: Op. cit.